

## La representación social del fin de semana de los jóvenes

**Domingo Comas Arnau**

Doctor en Ciencias Políticas y Sociología  
Presidente del Grupo GID y de la sociedad ITACA - España

*Se contrasta la representación social del consumo de alcohol en las noches del fin de semana con las imágenes sociales dominantes en la etapa de preocupación social por el consumo de heroína. Dicha comparación sirve para analizar los cambios sociales y el nuevo papel atribuido a los jóvenes en las sociedades tecnológicas avanzadas.*

**Palabras clave:** Representaciones sociales, Heroína, Alcohol, Ocio.

La representación social de los componentes del complejo "jóvenes, alcohol, drogas y nocturnidad de fin de semana" (el "finde para resumir") no se conforma como tal hasta los años 90, aunque dicha representación se refiera a un comportamiento social, del que dieron buena cuenta los investigadores, y que se consolidó de forma progresiva a lo largo de los años 80. Podemos, al menos en parte, atribuir este desajuste temporal entre realidad y representación, a la presencia y a la fuerte hegemonía de otra representación social la del "drogadicto", percibido como un adicto a la heroína por vía endovenosa, con intensas connotaciones de marginalidad y delincuencia, que se mantuvo a lo largo de toda la década de los años 80 y se prolongó, aunque ya debilitada, en gran parte de los años 90. De hecho durante esta última década parece producirse un cierto proceso de reemplazo, es decir de sustitución, entre ambas representaciones sociales. De alguna manera el espacio simbólico que va perdiendo la imagen de la "jeringuilla" va siendo ocupado por otra imagen, la del "botellón". Obviamente se trata de dos estereotipos, pero que a la vez dan cuenta de dos

realidades muy distintas, tanto en la perspectiva de problemas sociales como de problemas de salud, pero el hecho de que en el nivel de las representaciones sociales se haya producido un reemplazo tan directo y radical, en un contexto en el que además el consumo global de opiáceos apenas se ha reducido y el consumo de alcohol por parte de los adolescentes se mantiene estable, es decir, una realidad en la que no se ha producido una sustitución de la heroína por el alcohol, lo cual nos lleva a sostener una primera hipótesis que afirma que lo que ha variado es la función social de ambas representaciones, es decir que la hegemonía de la representación social de la jeringuilla en los años 80 y la hegemonía de la representación social del botellón en los años 90, muestran un alto grado de equivalencia estructural. No son lo mismo pero ocupan el mismo lugar en el conjunto de representaciones sociales: el lugar del gran riesgo que amenaza a los jóvenes. Un correlato inevitable de esta hipótesis podría sostener que el reemplazo entre ambos estereotipos, es decir la sustitución de la "jeringuilla" por el "botellón", se ha producido, básicamente, como una consecuencia de los

cambios acaecidos en la realidad, es decir, a mitad de los 80 apenas se daba la figura del adolescente bebiendo alcohol en la calle mientras que ahora es un personaje habitual, casi el principal protagonista de la actualidad, de la misma manera que el adicto a la heroína era un personaje y un tipo común en los años 80, mientras que ahora es un "desaparecido" salvo en lo que se refiere a algunas situaciones de extrema y morbosa marginalidad que de forma puntual muestran los medios de comunicación.

Sin embargo, cuando tratamos las representaciones sociales, la idea de que el imaginario social "representa" directamente la realidad social cabe tomarla con alguna cautela. En 1984 el "botellón" ya era, en los análisis sociológicos realizados en la época aunque bajo el término "litrona", una realidad, y así intente reflejarlo en la portada de un libro<sup>1</sup> (Comas, 1985), sin embargo la portada acabó respondiendo a la representación social de las drogas dominante en 1984 y no tanto a la realidad de consumo que reflejaba el texto. Es decir, el botellón ya existía pero no tenía cabida en las representaciones sociales. A la vez en el año 2000 el volumen total de adictos a opiáceos es indudablemente mayor que en 1984 pero ya no ocupan ningún lugar en las representaciones sociales.

Por otra parte, aunque puede llegar a influir tampoco es cierto que la propia representación social llegue a modelar directamente la realidad. Se trata más bien de un problema de funcionalidad cruzada. Esto significa que las representaciones sociales, los estereotipos, también reflejan realidades (de hecho en 1984 vivíamos en plena apoteosis de la epidemia de heroína) y que también cambian cuando se modifican las correspondientes realidades, aunque no necesariamente en el sentido del cambio social. A la vez la modificación de tales representaciones influye sobre la realidad, sobre los comportamientos concretos. Se trata de un proceso de cambio sometido a continuas

<sup>1</sup> La imagen prevista mostraba a tres chicos y a una chica sentados en el capó de un coche y en el respaldo de un banco público con varias "litronas" y otras botellas sobre el coche y el banco. En cambio la imagen que los "creativos" imaginaron sin leer el libro, pero que pensaron que reflejaba mejor la "realidad social" muestra a un chico con pinta de "contracultural" comprando, en actitud sospechosa, algo sin definir, a un clónico en una esquina.

retroalimentaciones, entre dos niveles, realidad y representaciones sociales que a la vez evolucionan de forma autónoma, en parte influenciadas por un conjunto de elementos ajenos a esta realidad y a su representación social. La pregunta que debemos hacernos entonces es ¿qué factores explican que una u otra representación se torne hegemónica en cada particular momento histórico? En los años 90 aún tenemos heroína, más heroína que nunca si consideramos el volumen total de adictos a opiáceos, pero la heroína ya no está en las representaciones sociales (salvo como negación), en cambio en los años 80 ya existía el "botellón" pero entonces no estaba de ninguna manera en las representaciones sociales. La única respuesta posible reside en considerar que aquello que cambia las representaciones y los estereotipos, aquello que las hace hegemónicas en un momento determinado, tiene que ver con otros cambios económicos y sociales, es decir la sustitución de la imagen de la "jeringuilla" por la imagen del "botellón", se debe básicamente a ciertos cambios sociales ocurridos en nuestro país en los últimos veinte años.

En este contexto teórico, en las relaciones entre la realidad y su representación, emerge una segunda hipótesis, que viene a decir que para entender las representaciones sociales no debemos considerarlas la variable dependiente en estos procesos particulares que tienen que ver con las drogas, sino como la variable independiente, pero que a la vez es la variable dependiente de otros procesos sociales más generales.

A esta segunda hipótesis también le corresponden algunas cautelas, porque se trata de una variable independiente que, sin embargo, sólo nos permite describir parcialmente la conformación del fenómeno social de las drogas en sí mismo. Ciertamente las representaciones sociales pueden señalar los factores que contribuyen a explicar la respuesta institucional, pueden incluso retroalimentar a la realidad social, pero a la vez, no son la "verdadera" realidad social.

En este sentido es bien cierto que la imagen del "botellón" en los años 90 exige la realidad presente en el "finde", lo que implica que el "finde" es otra cosa, otra cosa más compleja en el que se

aúnan factores económicos, culturales y sociales que incluso podemos considerara ajeno al tema de las drogas<sup>2</sup>. Pero a la vez debemos tratar de acercarnos de forma independiente a la imagen del "botellón", es decir al margen del fenómeno socioeconómico y cultural del "finde", para, desde esta perspectiva intentar relacionar la imagen del "botellón" tanto con este como con otros procesos sociales.

Para hacerlo contamos con una buena base, de una parte la proyección comparativa "jeringuilla/botellón" que conforma la primera hipótesis, de otra una bibliografía bastante amplia, sobre la representación social del alcohol, la nocturnidad y el fin de semana, resultado de las investigaciones realizadas a lo largo de los años 90.

Se trata de una bibliografía que, en su origen, se produce en el ámbito especializado de los estudios sociológicos sobre consumo de alcohol y drogas, en el contexto de una contradicción, que a principios de los 90 mostraba, como un relato más o menos unánime, la presencia de consumos y de problemas relacionados tanto con las drogas ilegales como con el alcohol, mientras que las representaciones sociales únicamente aceptaban y describían los problemas derivados de las drogas ilegales. Es decir existía una realidad, el alcohol y los adolescentes, que la representación social dominante de "la droga" pretendía negar o al menos desdibujar. En este contexto el trabajo sociológico, entendido como una forma de investigación epidemiológica puesta al servicio de los intereses de la intervención, se centraba en la denuncia de esta contradicción entre realidad y representación social. Al mismo tiempo la "denuncia" formaba parte de los programas de intervención, en especial los de prevención, una de cuyas misiones era la de "mostrar" a la sociedad tales contradicciones. La forma de enunciar la situación sostenía, con indudable certeza, que existían "estereotipos" negativos sobre las drogas ilegales y estereotipos positivos sobre el alcohol.

<sup>2</sup> He tratado de mostrar la relación entre estos tres elementos, es decir el "finde", las drogas y los procesos sociales en un reciente artículo cuya hipótesis principal se sostiene sobre los cambios generacionales (Comas, 2000), es decir muestro como el "finde" es la variable dependiente de estos procesos generacionales.

A principios de los años 90 los investigadores vivíamos cómodamente instalados en este pequeño relato que consumían los profesionales de la asistencia y la prevención y en el que las representaciones sociales jugaban el papel "del malo" que tergiversaba la realidad de las cosas y por tanto constituía en sí mismo un factor de riesgo.

Pero a la vez dicho relato comenzaba a quebrarse. De una parte algunos trabajos habían mostrado como el alcohol, en particular el consumo de alcohol entre los adolescentes, estaba comenzando a producir una representación social particular, ajena a la "cuestión de las drogas" pero que ya preocupaba un poco a los adultos (Besabe y Páez, 1992). De otra parte, en aquel mismo momento, un trabajo con relación a otro tema me permitió comprender como todas las representaciones sociales referidas a los adolescentes, se organizan sobre un esquema común, en torno a ejes como "protección frente a autonomía", "formal frente a informal" y "responsabilidad frente a ausencia". Pero a la vez, estas representaciones sociales sirven para que los adolescentes asuman, en su proceso de socialización, dichas representaciones sociales como la realidad última de las cosas (Aguinaga y Comas, 1991). Se concluía, en aquel trabajo, que las representaciones sociales de la adolescencia cumplían una función social básica en el proceso de socialización de los propios adolescentes, facilitando las estructuras sociales de doble vínculo (o lo que es lo mismo la ambigüedad social mertoniana), en un contexto ideal que, sin embargo, no imposibilitaba la plena inserción social, pero que, a la vez, permitía retrasar la edad en la que se adquiere conciencia de una "realidad social" ajena al mundo de la representación. La falta de correspondencia entre realidad y representación de esta realidad es un secreto que los adultos se reservan para sí mismos y que forma parte del "juego de las generaciones". Un tema que habrá que estudiar pronto y en profundidad.

En los años sucesivos, a la par que, en parte por los motivos expresados en el párrafo precedente, se consolidaba el fenómeno del "finde", este complejo de representaciones, en torno a alcohol,

noche y fin de semana, fue descrito de forma muy completa, aunque sin llegar a extraer todas sus consecuencias, salvo quizás en lo relativo a las necesidades de los programas de prevención, por diversos autores (CEAPA, 1998; Comas, 1994; Elzo, 1994 y Rodríguez, 1995). Asimismo, desde otros ámbitos como el de la violencia juvenil, también se describieron las mismas representaciones sociales ligadas al fenómeno de la nocturnidad (Díaz-Aguado, 1996; Fernández, 1998). Pero quizás lo más llamativo haya sido observar cómo, de acuerdo con la idea de que los adolescentes se socializan en el mundo de las representaciones sociales de los adultos, otros trabajos han puesto en evidencia como las propias representaciones conforman nodos culturales, en los cuales se desenvuelven ciertos comportamientos de algunos jóvenes (Gamella, 1997, Calafat, 2000). De hecho tales comportamientos se construyen primero en los MCS (y en la publicidad), después son adoptados por minorías y al final acaban constituyendo una "cultura" que se utiliza como "tema" por parte de los promotores iniciales.

Finalmente, al concluir la década, diferentes trabajos nos permiten describir, desde muy distintas perspectivas<sup>3</sup>, como son la distribución del tiempo (Aguinaga y Comas, 1997), los procesos de inserción sociolaboral (Conde, 2000), los comportamientos culturales más rutinarios (Elzo, 2000), las propias representaciones sociales de los drogas (Megías, 2000<sup>8</sup>), así como los valores que se relaciona o pretenden explicar los consumos (Megías, 2000b), la distribución y utilización de los espacios y los itinerarios dentro de los mismos (Pallares y Feixa, 2000) e incluso, de forma más concreta, los conflictos que envuelven el "finde" (Rodríguez y Megías, 2000), en el marco que ofrece un seminario en el que participan gran parte de los autores citados, comprender mejor tanto la lógica interna de estas representaciones sociales, como los factores

<sup>3</sup> En la etapa de la representación social hegemónica de "la droga" la primacía de los objetivos "epidemiológicos" produjo un menor nivel de investigación en torno al tema de las representaciones, y lo que es más importante, las limitó a su función de "denuncia" para los profesionales de la intervención, en cambio los 90 han sido una década especialmente rica, en el contexto específico del programa general de investigación sobre drogas, en investigaciones sobre representaciones sociales.

sociales que pueden explicar la sustitución de estereotipos que se ha anunciado en la primera hipótesis.

Quiero finalmente aclarar que el seguimiento y la Supervisión Institucional del programa "Redes para el tiempo libre" en el que participan el INJUVE, diferentes ayuntamientos y el Grupo GID, me ha permitido, en el periodo 1999-2000, poner a prueba los resultados obtenidos en estas investigaciones. El contraste obtenido me permite proponer una síntesis, algunas ideas clave articuladas en torno a un eje esencial sobre el que creo que se mueve la representación social del "finde" y sus riesgos, que he elegido, tanto por su interés explicativo, como por lo relevantes que se han mostrado en el plano de la acción social, en el diseño y ejecución de programas y actividades.

1. En las representaciones sociales que envuelven los acontecimientos del "finde" de los jóvenes, se entrecruzan tanto imágenes positivas como negativas, pero sometidas a una disyuntiva (en todo caso artificiosa), las positivas resultan mucho más decisivas. Se trata de un cambio radical desde una representación social profundamente negativa de "la droga" dominante en la década de los 80 hasta esta nueva situación que combina un cierto grado de tolerancia y numerosos mensajes de doble vínculo.

Tenemos elementos para sostener que el cambio producido entre ambas representaciones puede deberse a la transformación del papel asignado a los jóvenes en una y en otra etapa. Los jóvenes que viven la experiencia de la representación social de "la droga" desde mitad de los años 70 hasta principios de los años 90, son tanto los últimos integrantes de la generación posfigurativa del cambio y como los primeros de la generación cofigurativa de la etapa de la libertad, pero tienen algo en común: la sociedad no sabe que hacer con ellos. Estudian pero no sabe que hacer con su preparación, desean trabajar pero no hay empleo, desean emanciparse pero no tienen vivienda.

Tampoco pueden ser los protagonistas del cambio porque el cambio ya se ha producido. Sólo les queda el cambio cultural expresado en términos de una mayor libertad y la opción de una trasgresión radical. Son además muchos y los adultos los miran como un objeto poco útil, o al menos carente de una utilidad inmediata y por

tanto pueden ser perfectamente un soporte para los componentes negativos de esta misma sociedad. Este es el momento histórico de la ruptura del contrato social jóvenes-adultos que ha afectado al actual grupo de edad 25-40 años. En cambio los adolescentes de los años 90, en especial, los de su segunda mitad, son muy pocos y además los portadores de una nueva esperanza, la que representa la sociedad tecnológica avanzada. Los necesitamos para competir en este mercado y ya no puede representar la negación sino que deben ser obligatoriamente visualizados en términos positivos. Por ello se lanzan las redes en torno a un nuevo contrato social donde la palabra clave parece ser negociación: los adultos ofrecen un fin de semana (vacaciones y fiestas) divertido a cambio de estudiar.

2. La propia trasgresión de los adolescentes se convierte así en un objetivo deseable para los adultos en el contexto de las necesidades (en especial la competitividad) de la sociedad tecnológica avanzada. En este sentido el "finde" desvela las características de una trasgresión controlada y socialmente útil. De una parte tiene que visualizarse como una serie de elementos negativos para que los jóvenes lo vivan como su "finde" particular que los adultos rechazan y de otra los elementos positivos tienen que pesar más para que representen esta "esperanza tecnológica" y liberal. La representación social de dicha trasgresión aparece así como el contexto en el que se socializan, y por tanto, como se ha dicho más arriba, asumen, los jóvenes. El comportamiento de los jóvenes durante el fin de semana es entonces una prescripción con la que los propios adultos pretenden construir la seguridad de su futuro. Un futuro conformado por elementos virtuales concebidos por las nuevas tecnologías y que los actuales adolescentes van a ser capaces de manejar.

3. En este contexto los riesgos "reales" deben desvanecerse porque nada amenazante puede aparecer en el horizonte de los nuevos jóvenes (y en el futuro de los actuales adultos). Pero a la vez hay que conceptualizar como tales a los riesgos que les atañen. Por ello algunos adultos, desde una perspectiva moral y religiosa en EE.UU y desde una perspectiva de salud pública e

integración social en Europa, se encargan de mostrar la importancia de tales riesgos, desde un discurso social que combina la vez riesgos verdaderos con fantasías más o menos bien elaboradas. Se trata, en todo caso, de ofrecer un discurso aceptado unánimemente pero a la vez poco convincente, en el que todo puede ser real o todo pueda ser fantasía poco creíble según convenga. Justo lo necesario para manejar la idea de peligro, asociarla a trasgresión, incitar a los jóvenes a transgredir y al mismo tiempo poder controlar su comportamiento. En esta perspectiva, además, las drogas ya no son el paradigma óptimo para las representaciones sociales, porque el sexo, o expresado de una forma más precisa el sexo adolescente, aún elementos más funcionales, como la necesidad de transgredir para cumplir con la obligación social de ser un joven atrevido, el riesgo (representado por el SIDA) y el control social (representado por el preservativo).

4. Finiquitados los tiempos en los que se concebía el desempleo como el gran riesgo, aunque el desempleo se mantenga como un problema real, por diversas razones, en ciertos sectores residuales y en algunas regiones, en una gran medida porque se prevé una nueva utilidad laboral para los jóvenes en la sociedad tecnológica avanzada, se adopta una estrategia de protección, ya que se trata de preservar un capital el que representan, los jóvenes y la esperanza de futuro que contienen. En cambio hace unos pocos años ser joven se consideraba casi improductivo. El marco desde el que se adopta y se desarrolla dicha estrategia es la familia, aunque, desde la misma, se realice una continua reclamación de apoyo desde las instituciones. Pero, contrariamente a lo que pasaba en los tiempos de "la droga", ahora el apoyo institucional se vive como algo ajeno que será instrumentalizado por la propia familia. Por este motivo se vive con un cierto dramatismo las situaciones familiares que no pueden jugar este papel y al mismo tiempo se señala como malignas todas aquellas situaciones, desde el padre ausente hasta la falta de apoyo en los estudios, que eran "normales" hace unos pocos años. Obviamente esta nueva pléyade de nuevas funciones atribuidas a la familia exige una mayor dedicación y produce más padres

ausentes, es decir la propia exigencia genera una mayor inhibición. Por otra parte el protagonismo familiar y las estrategias de protección, deben también entenderse como mecanismos de preservación de lo local en un mundo global.

5. La atribución de portadores de la esperanza tecnológica supone, también, asignar a los actuales adolescentes una cuota de responsabilidad con el futuro. La forma de obviar la amenaza ecológica reside en la vieja fantasía de una sociedad tecnológica avanzada capaz de resolver el problema de los límites del crecimiento. Nadie sabe como resolver dicho problema pero la esperanza está puesta en una nueva generación capacitada para hacerlo. Hay un cierto paralelismo entre el proceso que se ha vivido desde el viejo miedo a la hecatombe nuclear, típico de la guerra fría, que a dado paso a la actual percepción de seguridad en un mundo en el que el riesgo nuclear real ha aumentado considerablemente y el proceso de temor ecológico que se vive en los años 80 y que, ante la incapacidad social para dar respuesta a los problemas del medio ambiente, se olvida en los años 90. En un caso el instrumento es el fin de la guerra fría, en el otro la esperanza en una tecnología mágica, representada más o menos por las tecnologías de la comunicación, que sólo los más jóvenes van a ser capaces de manejar.

6. Por ello el verdadero riesgo, la verdadera trasgresión, aparece en el planteamiento de no participar en el "finde" o de participar de manera continua en actividades alternativas. Los chicos y las chicas que no salen son "raros" tanto para los padres como para los adultos y otros compañeros. Al no "salir" sus actividades son percibidas socialmente como sospechosas. Son sujetos que ponen en duda el nuevo contrato social, es decir la oferta de diversión a cambio de su capacitación en las nuevas tecnologías. Para evitarlo deben compaginar aquello que verdaderamente desean con los rituales públicos de rebelión alrededor de un "botellón". O mejor dicho deben desear obligatoriamente el "botellón", pero sobre todo el sexo y portarse como "adolescentes". No salir el "finde" sería, en la actualidad, tan revelador de un desajuste ideológico como no ir a misa en el año 1940, obviamente la sanción social es distinta, más

formal en 1940 más informal en el año 2000, pero igual de excluyente. Muy pocos jóvenes, y apenas ningún adolescente, se escapa de este mecanismo perverso de control social codificado como "salir para estar con los amigos"<sup>4</sup>.

7. Obviamente esta línea de representaciones sociales ha modificado la imagen de las nuevas tecnologías y su impacto sobre los jóvenes. En apenas cuatro años (1996-2000) el uso habitual de ordenadores ha pasado del 8% al 53% de los jóvenes, pero lo que es más importante, esto ha ocurrido en un contexto en el que la disponibilidad de ordenadores en los hogares de estos jóvenes apenas ha crecido (del 51% al 62%) pero en el que las representaciones sociales han pasado del rechazo a los jóvenes aficionados a internet, un grupo al que se le atribuían sólo valores negativos, calificándolos de "adictos", a una valoración social positiva de "saber informática". De hecho la única actividad que se repite en todos los programas alternativos de ocio nocturno es el cibercafé y en el caso concreto del programa "Redes para el tiempo libre" ha sido una actividad especialmente bien valorado tanto por los MCS locales como en la evaluación de resultados. El hecho de que estar conectado a internet un viernes a las 3 de la madrugada se visualizaba, hace sólo cuatro años, como algo negativo, mientras que ahora roza casi la perfección ya que auna nocturnidad, con estar con los amigos, en un contexto de posible ocio trasgresor, pero manejando nuevas tecnologías.

8. Las representaciones en torno a lo que deben hacer, que es lo que en realidad hacen, y a los riesgos que esto supone, que ya sabemos que son pocos, consolidan la división etaria de la sociedad, como la principal fuente de diferenciación social, en un contexto de supuesta aceleración tecnológica que reduce otras

<sup>4</sup> Existe otra imagen social aparentemente opuesta a esta y vivida muy negativamente. Se trata del adolescente que no sale porque está enganchado a Internet o a los videojuegos. Se corresponde con una cierta realidad, con una incidencia menor de la sostenida por las representaciones sociales, ya que los grandes usuarios de videojuegos son menores de 16 años y existe una fuerte relación entre permisividad horaria familiar y uso de videojuegos. De tal manera que cuando se comienza a salir se abandona en una proporción similar a las horas de salida, el uso de videojuegos e Internet. Pero en todo caso pervive una imagen negativa de algo que es valorado muy positivamente, -jóvenes y nuevas tecnologías- por la sociedad. En este caso creo que se trata del miedo hacia el exceso en relación con algo desconocido para los adultos. Algo que se desea pero que no se conoce suficientemente y que puede contener algún riesgo. Por ejemplo, la adicción.

desigualdades. El hecho de la falsedad de esta afirmación, ya que hay grandes diferencias sociales y el núcleo de excluidos ya no se reduce, no impide que esta funcione como representación social y retroalimente la propia diferenciación etaria. A la vez la nocturnidad del fin de semana, el propio consumo de alcohol, es, para los adultos, un mecanismo que garantiza una cierta tranquilidad, porque a fin de cuentas la "generación tecnológica" es también humana y por tanto posee una serie de comportamientos más o menos previsibles. Como por ejemplo la "trasgresión" alcohólica controlada.

9. Obviamente los jóvenes, en sus propias representaciones, viven este tiempo de ocio nocturno y el contacto con el alcohol como la expresión máxima de su libertad, sólo limitada por las normas de los adultos. Pero su identidad, en un contexto cofigurativo, se limita a la oferta que establecen los adultos de la generación prefigurativa que crearon el modelo de la noche, las drogas, el alcohol y la trasgresión. De ahí su obsesión por la diferenciación interna que compense la falta de una identidad propia. No se trata de "tribus" más o menos intercambiables, sino de "ser algo" al margen de lo establecido. Por este motivo las supuestas "tribus" son, con apenas excepciones, tan mestizas, promiscuas e intercambiables. Se busca la identidad a partir de la diferencia. Cualquier diferencia es válida. Pero la supuesta diferenciación es justamente una de las estrategias de protección. Crear identidades ficticias para poder jugar a las transgresiones. Algo así como un videojuego basado en diversas revoluciones, desde Espartaco hasta la Marcha de las Antorchas, desde el mayo del 68 hasta el Verano de las Flores. Todo esto concentrado en un corto tiempo de fin de semana porque el resto de los días deben dedicarse al reto que les plantean los adultos. Un reto bastante complicado por no decir imposible: trascender los límites del crecimiento con la magia de las nuevas tecnologías.

10. La representación social (y las consecuencias reales) de la heroína en los años 80 supuso, para todas las instituciones, un reto sin precedentes, ya que debían proporcionar un tipo de respuesta política, administrativa y cultural, para la cual no existía ninguna experiencia previa equivalente. Un

esfuerzo del que algunas instituciones salieron muy reforzadas sin que ahora sepan que hacer muy bien con todas sus potencialidades. En cambio la representación social de los jóvenes, la noche y el alcohol, no exige una intervención tan radical, las instituciones sólo tienen que hacerse presentes, controlar y evitar las aristas más conflictivas y hacer un poco de publicidad de sus acciones. Es lo único que la sociedad espera. Si no fuera así las instituciones locales estarían sometidas a dilemas casi insolubles entre, por una parte, las demandas sociales de control, y por otra parte el crecimiento y el desarrollo urbano y la calidad de vida, en un contexto de mercado libre que pugna contra estos objetivos.

#### BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Aguinaga, J. y Comas, D. (1991). *Infancia y adolescencia: la mirada de los adultos*, Madrid, MTAS.
- Aguinaga, J. y Comas, D. (1997). *Cambio de hábitos en el uso del tiempo*, Madrid, INJUVE.
- Besabe, N. y Páez, D. (1992). *Los jóvenes y el consumo de alcohol: representaciones sociales*, Madrid, Fundamentos.
- Calafat, A. (2000). *Sair de marchay consumo de drogas*, Madrid, Delegación del Gobierno para el PNsD.
- CEAPA (1998). *Los padres y madres ante el consumo de alcohol de los jóvenes*, Madrid, CEAPA.
- Comas, D. (1985). *El uso de drogas en la juventud*, Madrid, INJUVE.
- Comas, D. (1994). *Los jóvenes y el uso de drogas en la España de los años 90*, Madrid, INJUVE.
- Comas, D. (2000). "Agobio y normalidad: una mirada crítica sobre el sector "ocio juvenil" en la España actual", en *Autores Varios (2000), Ocio y tiempo libre: identidades y alternativas*, Madrid, INJUVE.
- Conde, F. (2000). *Los hijos de la des-regulación*, Madrid, CREFAT.
- Díaz-Aguado, M. y otros (1996). *Programas de educación para la tolerancia y prevención de la violencia en los jóvenes*, Volumen IV, Instrumentos de evaluación e investigación, Madrid, INJUVE.
- Elzo, J., Comas, D.; Vielva, I.; Laespada, T. y Salazar, L. (2000). *Las culturas de las drogas en los jóvenes*, Vitoria, Gobierno Vasco.
- Elzo, J.; Elorza, M.A. y Laespada, M.T. (1994). *Alcoholismo juvenil*, Bilbao, Universidad de Deusto.
- Fernández, C. -dir.- (1998). *Jóvenes violentos*, Barcelona, Icaria.
- Gamella, J.F. y Álvarez, A. (1997). *Drogas de síntesis en España*, Madrid, Delegación del gobierno para el PNsD.
- Megías, E. y otros (2000b). *Los valores de la sociedad española y su relación con las drogas*, Barcelona, Fundación La Caixa.
- Megías, E.; Comas, D., Elzo, J., Navarro, J. y Romani, O. (2000a). *Percepción social de los problemas de drogas en España*, Madrid, FAD.
- Pallares, J. y Feixa, C. (2000). "Espacios e itinerarios para el ocio juvenil nocturno" en *Autores Varios (2000), Ocio y tiempo libre: identidades y alternativas*, Madrid, INJUVE.

Rodríguez, E. (1985), Actitudes de los adolescentes de Castilla La Mancha ante las drogas, Toledo, Junta de Comunidades,  
Rodríguez, E. y Megías, I. (2000), Estructura y funcionalidad de las formas de diversión nocturna. Límites y conflictos, Madrid, FAD/INJUVE